

Todos reconocemos el valor que puede tener la televisión pública en una sociedad. Su rol en fomentar el debate, la educación, el acceso a la información y la promoción de la cultura es innegable. Existen ejemplos exitosos a nivel internacional, como la BBC en el Reino Unido o la Deutsche Welle en Alemania, que son referentes por su calidad, independencia y servicio a la ciudadanía.

Sin embargo, a diferencia de estas cadenas, Televisión Nacional de Chile (TVN) no se destaca actualmente ni por la generación de contenido relevante, ni por su participación de mercado, ni por su aporte sostenido a la cultura nacional.

El fundamento de su existencia es precisamente su misión pública: promover y difundir los valores democráticos, la educación, la identidad nacional y regional, la multiculturalidad, la participación ciudadana, la tolerancia y el respeto por el medio ambiente. Esta misión es lo que la justifica como empresa del Estado.

No cabe duda de que estos fines son loables ni de que TVN ha hecho esfuerzos por cumplirlos. Sin embargo, surge una pregunta legítima y necesaria: ¿hasta qué punto deben llegar esos esfuerzos?, ¿y hasta qué punto debe el Estado priorizar la televisión pública por sobre otras obligaciones igualmente importantes?

La situación financiera actual de TVN es crítica. Cerró el año 2024 con pérdidas acumuladas por más de 90 mil millones de pesos. Los ingresos por publicidad han caído drásticamente, del 22% a niveles que podrían descender aún más, en línea con las tendencias de los medios tradicionales en Europa, donde se estima una baja hacia el 17%. Este panorama deja en evidencia que el modelo actual no es sostenible.

En este contexto, se encuentra en tramitación en la Cámara de Diputados el proyecto de ley, Boletín N° 14.832-24, que modifica la Ley N° 19.132, la cual rige a TVN. Este proyecto fue ingresado por el entonces Presidente Sebastián Piñera, en un momento en que el canal aún mostraba cifras positivas. Sin embargo, discutirlo hoy como si estuviésemos en 2022 sería ignorar la gravedad del presente.

Dicho proyecto busca ampliar el directorio de TVN, crear un nuevo consejo asesor y extender su misión pública, incluyendo enfoques de género, culturales y eliminando exigencias de objetividad en su contenido. Esto último resulta especialmente preocupante, ya que podría abrir la puerta a la politización de sus contenidos. En ese sentido, la pregunta que debemos hacernos es clara: ¿responde este proyecto a la crisis actual o la profundiza?

En cuanto al fondo patrimonial o *endowment* que se propone como fuente de financiamiento para el canal, también existen reparos importantes. No está asegurada su protección constitucional, lo que lo vuelve vulnerable a eventuales cambios legislativos. Tampoco se especifica claramente el mecanismo de selección del directorio que lo administrará. Además, diversos economistas han advertido que los rendimientos proyectados de este fondo serían insuficientes para sostener la operación de TVN en el mediano plazo.

Llegó el momento de hacernos cargo y de responder con honestidad una difícil pero imprescindible pregunta: ¿sigue siendo la televisión pública una herramienta necesaria en la

realidad nacional actual? Hoy vivimos en un contexto donde abundan las fuentes de información, el acceso a contenido bajo demanda –como Netflix y otras plataformas– está generalizado, y el ciudadano tiene más opciones que nunca para informarse y entretenerse.

Esto plantea serias dudas sobre la pertinencia de seguir financiando un canal que, en su estado actual, no cumple con los estándares mínimos de neutralidad, eficiencia ni alcance. Incluso NTV, pese a ser una iniciativa con buenas intenciones en la generación de contenido educativo, no ha logrado consolidar una audiencia que justifique su elevado costo. En este escenario, podría ser más sensato que el Estado financie o contrate contenido cultural de plataformas independientes, que pueden ofrecerlo a menor costo y con mayor impacto.

En consecuencia, si la situación financiera y estructural de TVN no mejora sustancialmente en los próximos años, debemos considerar que el canal no puede continuar siendo una carga fiscal permanente. No es razonable seguir traspasando recursos a una empresa pública que corre el riesgo de ser cooptada por los gobiernos de turno, en desmedro de su deber de independencia y servicio público.

El debate sobre el futuro de TVN no puede seguir postergándose. Es tiempo de revisar con seriedad su rol, su estructura y su viabilidad, y actuar en consecuencia. Porque más que un símbolo, la televisión pública debe ser una herramienta útil, eficiente y relevante para todos los chilenos.

**Proyecto de ley, en segundo trámite constitucional, que modifica la ley N° 18.695, orgánica constitucional de Municipalidades, y otros cuerpos legales, con el objeto de fortalecer la institucionalidad municipal en materia de seguridad pública y prevención del delito (Bol. N° 15940-25)**

## **INDICACIONES**

- 1. En el artículo 42 del texto aprobado por las comisiones de Gobierno, Descentralización y Regionalización; y Seguridad, unidas:**
  - A. Para modificar el inciso segundo por el siguiente: “En aquellos casos en que no fuere posible verificar la identidad de la persona en el mismo lugar en que se encuentre, o esta se negare a acreditar su identidad, el inspector de seguridad municipal deberá entregarla inmediatamente a la policía, al ministerio público o a la autoridad judicial más próxima.”.
  - B. Para modificar en el inciso tercero donde dice “una hora”, por “cuatro horas”.

**SENADOR JOSÉ DURANA**

Todos conocemos la misión fundamental de Televisión Nacional de Chile (TVN). Como empresa pública, su rol no es solo el de ofrecer entretenimiento, sino también el de reflejar nuestra cultura, nuestras historias y nuestra identidad como nación. TVN ha sido, históricamente, una ventana a la sociedad chilena, un espacio donde todos los ciudadanos podían verse reflejados.

Sin embargo, no podemos cerrar los ojos ante la cruda realidad que enfrenta hoy. TVN está pasando por una crisis profunda, cuya magnitud trasciende la simple pérdida de audiencia o el balance de su cuenta bancaria. La cadena pública arrastra una deuda financiera considerable, pero, lo más grave, es la deuda simbólica con su público.

Es urgente que TVN recupere su lugar en el corazón de los chilenos, ese que supo tener durante los años dorados entre 1997 y 2004, y hasta cierto punto, hasta 2008. Durante esos años, TVN era mucho más que un canal de televisión: era un punto de referencia en el hogar de los chilenos. Aquellas noches en que millones de personas se reunían frente a la pantalla para ver teleseries que se convirtieron en parte de la identidad nación, como *Amores de Mercado*, o para seguir los emocionantes episodios de *Rojo Fama Contra Fama*, que catapultaba a nuevos talentos. ¿Cómo olvidar *Informe Especial*? ese programa de investigación que marcaba pauta. Y, por supuesto, no podemos dejar sin mencionar “*El Día Menos Pensado*” con Carlos Pinto que en la oscuridad de la niebla mantenía a toda una nación en vilo.

Esos momentos de gloria parecen pertenecer a otro tiempo, un tiempo que hoy parece lejano, la decadencia de TVN comenzó a hacerse evidente alrededor del año 2009. Desde entonces, la caída ha sido progresiva y, lamentablemente, la cadena pública no ha logrado encontrar su camino. No fue solo una baja de audiencia: fue una pérdida de identidad. Se perdió el rumbo, la capacidad de emocionar y conectar, de ofrecer contenido que hablara directamente al pueblo chileno.

El problema no está solamente en los números. No es cuestión de ratings, ni siquiera de la crisis financiera que enfrenta, sino de algo mucho más fundamental: la falta de una programación coherente. TVN ha perdido ese "hilo conductor" que solía darle sentido a su parrilla. Hoy en día, su programación carece de un enfoque claro, y su capacidad para generar contenido propio que represente la diversidad cultural de Chile se ha visto mermada. Es alarmante cómo la cadena ha abandonado, por ejemplo, las grandes transmisiones deportivas que solían congregarse a millones de chilenos.

Pero lo que más duele no es solo la pérdida de estos programas emblemáticos, sino que TVN ha dejado de lado su rol de servicio público, que es el corazón de su misión. Este no es un llamado nostálgico, ni un lamento por lo que fue. Es un llamado urgente, una invitación a reflexionar sobre lo que TVN puede y debe volver a ser. Una televisión pública de calidad, una televisión que sirva realmente a la ciudadanía, que se conecte con ella, que sea un reflejo de sus intereses, sueños y preocupaciones.

Además, TVN debe dar un paso adelante y adaptarse a los nuevos tiempos. La televisión ya no es solo la caja que está en el centro del living, sino que es también digital, interactiva, multicanal. Las nuevas generaciones demandan contenidos en múltiples plataformas y con

una propuesta fresca y dinámica. TVN no puede quedarse atrás en esta transición. Necesita ser un canal que innove en la forma de contar historias, que explore nuevos formatos y que utilice la tecnología de manera creativa para ofrecer una experiencia de consumo que se adapte a los tiempos modernos.

En resumen, TVN debe recuperar su voz como canal público y volver a ser un lugar en donde todos podamos vernos reflejados. La ciudadanía lo merece, y, en última instancia, TVN también lo merece. La televisión pública tiene el potencial de ser mucho más que un entretenimiento. Puede ser un vehículo, para la reflexión y para el futuro de nuestra sociedad. No dejemos que se pierda esta oportunidad.